

LUIS REDONET

**DIVAGACIONES SOBRE EL CONCEPTO
Y ALCANCE DE LO SOCIAL,**

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 45, 1968

Divagaciones sobre el concepto y alcance de lo social, con referencias a mi pública e íntima actuación personal

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. LUIS REDONET

Miembro soy y, por razón de antigüedad, presidente de la Sección de Ciencias Sociales, pero esta disertación mía, como ocurriría con la de cualquier compañero de Sección, no tiene que ser obligatoriamente de carácter específico y exclusivamente sociológico, y bastaría que ella fuese pertinente y adecuada a tema propio de la Academia, porque todas las Secciones o disciplinas de nuestra Corporación, incluso las puramente económicas, según acertadamente afirmó nuestro presidente en el discurso necrológico del llorado Gual Villalbí, y más especialmente, añado yo, las políticas y las jurídicas, tienen espiritualidad y entraña social. De acuerdo con esto procedió recientemente un compañero de la Sección de Ciencias Sociales, proponiendo a un eminente jurista para cubrir la vacante producida por el fallecimiento de un sociólogo. Fuera del ámbito académico, yo mismo, como juez que fui en Chamartín de la Rosa, puedo confirmar experimentalmente dicho consorcio entre la justicia y la sociología. Ahora, sin acogerme a este amplio campo de posibilidad discursiva, no he de salirme del atañadero a mi Sección, pero sin encerrarme tampoco en el concepto *científico* de la Sociología, glosando lo que nuestro compañero Viñas Mey, y ahijado académico mío, nos enseñó muy eruditamente en su discurso de recepción (por mí contestado) sobre el nacimiento de la Sociología, íntimamente unido como organismo eficiente a las variantes sufridas en el transcurso del tiempo. Doy, pues, de mano

a Herder, Kant y Fichte, como precursores de la Sociología propiamente dicha, sin que ello implique por mi parte desamor a sus enseñanzas más o menos filosóficas, pues bien demostrado tengo lo contrario a lo largo de mi ya dilatada vida.

No olvido lo que en una de sus epístolas decía San Pablo a los romanos: “no seais sabios a vuestros ojos”, pero sin faltar ni en un ápice a la verdad ni pecar de fatua egolatría y fiado en la hermandad que nos une, voy a puntualizar esa mi actuación más o menos eficaz, pero sobre todo perseverante, porque si todas las virtudes corren, sólo la perseverancia alcanza y recibe la corona (*Omnes quaedam virtutes currunt, sed una perseverantia coronatur*), como se decía en el siglo XII y en el XIII, lo confirmaba San Buenaventura aduciendo que aunque todas las virtudes merecen la corona, solamente la perseverancia es coronada (*Aliae virtutes coronam merentur; sed sola perseverantia coronatur*). Sin aspirar a ninguna corona, mucho, pues, he de decir a ustedes en demostración de que no me falta, por dicha mía, tan excelsa virtud. Y tan prolijo seré que quizá alguno de ustedes —contra mi parecer— tenga esta disertación mía por simple *charla* en su recto sentido filológico y gramatical de “fuera de propósito, descompasado o carente de sentido”; y en consecuencia a mí me tache de *charlatán*. Charlatán soy, en efecto, y demostrándolo estoy en este mismo momento, pero, según creo, no me asemejo a clásico charlatán de plazuelas, que en combinación con ficticios compradores iba colocando el objeto de su especulación. A través de mi persona desgranaré y perfilaré una actuación o *vida social*, que constituye el tema o tesis de esta mi disertación.

No voy a cometer la tontería o impertinencia de traer a cuento lo que hice, por ejemplo, con referencia al crédito agrícola, que fue objeto de un concurso académico y causa eficiente de mi ingreso en la Corporación; ni tampoco lo que verifiqué política y socialmente ya en muy lejanos tiempos, desde el Consejo Superior de Emigración y desde la Junta de Colonización Interior, cuyo reglamento y primera Memoria, presentada por el gobierno a las Cortes, son obra mía; pero sí quiero recordar ante ustedes, la alegría experimentada cuando, por orden y conducto de don Juan de la Cierva, fui en su día recibiendo, impresas o copiadas, todas y cada una de las Ordenanzas municipales existentes entonces y condensadoras, como es consiguiente, de toda la vida social, urbana y rural de los habitantes de cada municipio; y tampoco quiero omitir actual referencia a las muchas horas pasadas entre papelotes, en el Instituto de Reformas Sociales, sito en la entonces calle de Pontejos, y cuyo Boletín, compuesto de copiosísimo número de volúmenes, ricamente encua-

derñado, contemplo en la estantería de una de las salas de mi biblioteca, mientras escribo el borrador de estas líneas. Por último, y con verdadera nostalgia mía, quede constancia de la serie inagotable de conferencias pronunciadas en unas y otras corporaciones de Madrid y de provincias, y sobre todo en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, de la que fui académico-profesor, primero en la calle de Colmenares y luego en la actual de Marqués de Cubas; conferencias que en parte han sido impresas por la misma Academia, en volúmenes colectivos.

Lo que en definitiva importa es dejar establecido que son muchos los factores sociales que juegan en la vida humana, y que en ésta, de igual suerte que la actividad de un científico, de un profesor de sociología o de un encuadrado en cualquier sindicato de índole social, hay que tener en cuenta a San Pablo tejiendo esteras en el desierto, a San Antón, anacoreta en la Tebaida, a un navegante solitario, a los eremitas o ermitaños aislados en sus ermitas, a los silenciosos cartujos y trapenses y a los grandes propietarios, que para aislarse de sus vecinos levantan la casa en el centro de la extensa finca. Tan amplio es el campo de lo social, que, según sostiene y razona el franciscano Gaspar Han (cofrade mío porque terciario franciscano soy y Hermano Ministro de la Orden fui en Chamartín de la Rosa), el mismo Dios, que manda a los hijos honrar a sus padres, es un Dios eminentemente social.

Como fuente muy fecunda y caudalosa de la sociología práctica, cuenta, y hemos de aprovechar, el refranero, que con mayor o menor agudeza, recogiendo hechos o dando consejos, a través de giros, modismos, cantares, adagios y frases proverbiales, es un reflejo de la vida humana. Ninguna lengua es tan rica como la nuestra en número de refranes, y como dice Francisco Joseph Artiga, *olim* (antes) Artieda:

El Refrán o la Apariencia
es una sentecia aguda,
que de usada, y muy antigua,
por verdadera se juzga.
Suele exornar la oración,
y comúnmente se usa,
persuadiendo o disuadiendo
con elegancia e industria.

Por tratarse de una de las joyitas de mi valiosa biblioteca particular, permítanme ustedes que copie su portada. "Epítome de la Eloquencia Española. Arte De Discurrir, Y Hablar con agudeza, y elegancia en todo

genero de assumptos, de Orar, Predicar, Arguir, Conversar, componer Embaxadas, Cartas, y Recados. Con Chistes, que previenen las faltas, y Exemplos, que muestran los aciertos. Compusolo... Infanzon, Ciudadano de la Vencedora Ciudad de Huesca, Professor de Mathematicas, y Receptor de la Universidad. Tercera Impression. Dedicada A Nuestra Señora del Pilar. Con Licencia en Madrid, A costa de Francisco Rodríguez; se hallará en su casa, calle de Toledo. 1737.”

El presbítero don José María Sbarbi y Osuna, en una sorprendente y abrumadora “Monografía” sobre los refranes, premiada por la Biblioteca Nacional e impresa en un volumen en folio de 412 páginas a dos columnas, nos ofrece inagotable información bibliográfica. En 1957, don José María Gutiérrez Ballesteros, Conde de Colombi, publicó un muy útil *Glosario de los Refranes*. Como obrante, en mi biblioteca a mano tengo, y a menudo consulto, el voluminoso y atractivo volumen (633 páginas en 4.º mayor) *Vocabulario de Refranes y Frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la Lengua Castellana, en que van todos los impresos antes y otra gran copia*; todo ello *juntado* por el maestro Gonzalo Correas, catedrático de griego y hebreo en la Universidad de Salamanca (Madrid, 1906). Pues con ser tan copiosa y al parecer tan exhaustiva la popular colección de Correas, y precisamente con referencia a ella, es preciso sumar la tarea del eruditísimo y fecundísimo bibliotecario que fue de la Academia Española y por ella premiado con medalla de oro, don Francisco Rodríguez Marín. Fecundísimo, en efecto (62 son las papeletas o fichas de publicaciones suyas en el fichero de mi biblioteca), y prescindiendo aquí de su *Cien refranes andaluces de meteorología, cronología, agricultura y economía rural*, de *La copla*, de *Ensalmos y Conjuros de España y América*, de *Cantos populares españoles*, de *El Alma de Andalucía en sus mejores Coplas amorosas, escogidas entre más de 22.000*, de *Modos adverbiales castizos y bien autorizados...*, de *Refranillo español del Libro* y también de la más pertinente, aunque por mí omitida, materia, *El Pensamiento filosófico alemán y los orígenes de la Sociología*. Rodríguez Marín, en 1926, publicó *Más de 21.000 Refranes Castellanos, no contenidos en la copiosa colección del Maestro Gonzalo Correas*; en 1930, *12.600 Refranes más no contenidos en la Colección del Maestro Gonzalo Correas*; ni en *Más de 21.000 Refranes Castellanos, allegados con ayuda de pocos pero buenos amigos*, y en 1934, *Todavía 10.700 refranes más, no registrados por el Maestro Correas, ni en mis Colecciones...* Con irreprimible emoción evoco siempre la figura de Rodríguez Marín, que tanto me quiso y honró con su retrato y otros obsequios, con sus enseñanzas, apadrinando mis tareas intelectuales y testi-

ficando acontecimientos de mi familia, con intervención de fotógrafos y reporteros. Desde que nos conocimos y hasta que murió, todos los viernes le visitaba yo en su casa de la Academia Española, y con él departía sobre toda clase de asuntos.

Como consecuencia de cuanto dejo aducido acerca de los refranes como reflejo de la vida humana y social, surge la certeza de que ellos constituyen un rico filón informativo para el inteligente y pacienzudo investigador que sepa ir al grano sin perderse en la frondosísima selva; y claro está que yo ni siquiera he de intentarlo, por falta de espacio, de tiempo y aun de capacidad física para efectuarlo.

Y llego al fin de mi disertación, refiriéndome a lo que quizá debiera haber constituido mi único tema, muy digno de estimación y gratísimo para la Academia. En consonancia con mi trayectoria, pese a su también obligado empaque científico, se produce el hispanista francés Angel Marvaud, en su erudito y ameno libro *La Question Sociale en Espagne* (París, 1910). Hispanista cien por cien es efectivamente Marvaud, pues además de este excelente libro a que me refiero había ya publicado en 1910 *Le socialisme en Espagne* (dans "Le Socialisme a l'Etranger"); *Chronique de l'Espagne et du Portugal* (en la Revue Daux Bondes); *Notre Commerce avec l'Espagne et le Portugal*, y seis interesantes folletos, entre 1906 y 1907, referentes ellos a los vinos españoles, a las relaciones económicas con España, a las elecciones españolas, a la política aduanera de España y a la política marítima, militar y colonial de España.

Pues basta leer el índice de *La Question Sociale en Espagne* para percatarse de que Marvaud no omitió ninguno de los factores que integran o reflejan nuestra vida social: El movimiento obrero contemporáneo. La condición del proletariado de la industria. La condición del proletariado de los campos. Las iniciativas individuales o colectivas, ajenas a la acción del Estado. La acción del Estado en favor del obrero de la industria. La acción del Estado en favor del proletariado agrícola. La población obrera de España. La condición del obrero en Cataluña. La condición del obrero en Madrid. La condición del obrero en Valencia. La población agrícola de España. La superficie cultivada en España. El salario de los obreros agrícolas. La irrigación en España. El crédito agrícola. Número de los propietarios rústicos existentes en España. La emigración en España. Las asociaciones obreras. Las asociaciones católicas existentes el 1.º de mayo de 1908. Estadística de las asociaciones obreras según el Instituto de Reformas Sociales. Desenvolvimiento de la Unión General de los Trabajadores. Etapas del socialismo. Los analfabetos en España. Instituto Geográfico y de Estadística. Caja de Ahorro y Monte

de Piedad. La situación de los Montes de Piedad el 31 de diciembre de 1907. La situación de las Cajas de Ahorro el 31 de diciembre de 1907.

Agotador es el anterior temario, pero todavía debo añadir que dentro de él, y en su debido lugar, trata Marvaud, de lo referente a la novela, de la que prescinden por lo general los historiadores de la Sociología en su país, desconociendo u olvidando que, según nos ha dicho en una reciente conferencia Julián Marías (tan grato a nuestra Academia), la novela en Pérez Galdós está centrada en la vida cotidiana, procede de la vida colectiva y presenta la vida social de España. Marvaud, con su fino espíritu y perfecto conocimiento de nuestra literatura, recoge y pondera el valor que para el conocimiento de la vida social tienen las novelas de Pereda, de la Pardo Bazán, de Pedro Antonio de Alarcón, de Blasco Ibáñez, de Fermín Caballero y de Juan Valera. Y añade Marvaud (y es este otro olvido o indebida preterición de nuestros sociólogos al uso) que asimismo la literatura teatral sirve al propósito sociológico, pues nos facilita *ample vission d'exemples curieux et typiques*. Y claro está que en comprobación de ello nos habla de Jacinto Benavente, con cuya amistad me honré yo, a quien visité reiteradas veces en su casa, de quien conservo correspondencia y a quien estuve a punto de pedirle el prólogo para un libro mío. ¿Verdad que sorprende en un francés, tan amplio y justo conocimiento de cuanto atañe a la vida social y cultural de España? Pues a no ser por razón de fecha, todavía habría podido Marvaud citar a José Antonio Gómez Marín, que recientemente estudia *La idea de la Sociedad en Valle Inclán. Et sit de ceteris*.

Con respecto a lo que atañe directa y concretamente a la política —arte de gobernar, con sus aciertos o equivocaciones, conformidades y aplausos o repulsas, revoluciones y crímenes—, sólo recogeré de Marvaud dos acontecimientos de mucha resonancia y que por añadidura me fueron en su día muy conocidos en su detalle. Uno de ellos es el caso de Francisco Ferrer, que incluso se defendía y trataba de justificarse ante el propio Marvaud, por sus ideas, conversando con él en París el año 1908. Y, en efecto, Charles Malato, que alegaba conocerle bien, dudaba de que fuese anarquista. Y según Alfred Naquet, era enemigo de la violencia y no contaba para el triunfo de sus ideas sino con la educación y el ejemplo. No comparte Marvaud estos pareceres, pero los expone a título informativo. El otro caso o acontecimiento político que digo se refiere a la íntima relación existente entre la “Confederation Generale du Travail Française” y “La Solidaridad Obrera”, nacida en Barcelona, que motivó la redacción y el envío, en 1909, de una carta al entonces presidente del

Consejo de Ministros español, don Antonio Maura, pidiéndole clemencia para los condenados de Alcalá del Valle.

Prescindiendo ya de aducir y comentar otros de los factores estudiados por Marvaud, sirva de remate a esta mi *charla*, lo que con elogio digno de gratitud, dice de nuestra Academia en la introducción: "*Quelques études particulières, et surtout un certain nombre de mémoires publiés à l'occasion de concours officiels ou récompensés par l'Académie madrilène des Sciences morales et politiques, nous ont également fourni des données précieuses, que nous avons utilisées dans cet ouvrage.*"

En concordancia con ello y a propósito de los distintos temas o disciplinas, cita las obras premiadas en tales concursos y el nombre de sus respectivos autores, cabiéndome la honra de que así lo haga conmigo al referirse al crédito agrícola. Pero, naturalmente, como no se limita Marvaud a nombrar trabajos de concurso, ni que decir tiene que en las páginas de su libro, aparecen los nombres de multitud de académicos de ciencias morales y políticas, como los siguientes que enumero por orden alfabético: Altamira, Alvarez Buylla, Azcárate, Aznar, Cárdenas, Marichalar (Eza), Posada, Ros de Olano, Sánchez de Toca y Santa María de Paredes.

Y *finis coronat opus*, con laurel las buenas, con yerbajos sin duda esta mía. Lo que lamento es que quizá por mi culpa no conste en la biblioteca de la Academia, el excelente libro de Marvaud.